

# LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS. ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



BEPPPO <sup>(1)</sup>

LA catedral estaba casi desierta, quedando en ella muy pocas personas que pudieran notar la insignificante figura de un niño, que, parado delante de un altar, contemplaba con estática devoción el hermoso rostro de una estatua de la Madona.

Llevaba el rapazuelo los vestidos hechos girones. Sus morenas y robustas piernas estaban manchadas de lodo, y sus desnudos pies tenían señales evidentes de haber estado en contacto directo con las inmundicias del alcantarillado. Su camisa, rasgada por la espalda, ostentaba dos brillantes cuadros de tela roja, que atestiguaban haber sido remendada con más priesa que cariño. Unos pantalones cortos y grasientos completaban una indumentaria que sólo podría describirse bien, diciendo que era indescriptible. Finalmente, traía a la espalda una mandolina suspendida de una vieja cuerda.

«Y pensar que esos son yo y mi madre», murmuró para sí, mientras una sonrisa de orgullo y de alegría iluminaba su hermoso y animado rostro.

Su madre le había referido cómo poco tiempo después de haberle dado a luz, habían ambos servido de modelo a un escultor, para una estatua de la Virgen con el Niño en los brazos; y ahora el pequeño Beppo estaba contemplando el fruto del trabajo del artista.

Sí; la cara que le miraba de lo alto del altar, era exactamente igual a la de su hermosa madre; pero Beppo se preguntaba si realmente él había sido nunca tan diminuto como aquel pequeño niño de mármol con la carita levantada hacia la de su madre.

Le parecía que hacía tanto tiempo, tantísimo tiempo que había visto a su madre por última vez; y él era pobre, muy pobre. El único calor que conocía era el del brillante sol que inundaba las calles de Roma en los meses caniculares. En invierno, cuando las frías ráfa-

(1) Diminutivo de Giuseppe (José).

gas del viento cierzo barrían las Siete Colinas y la Vía Apia, pensaba morir de frío. Entonces, el único calor que podía proporcionarse, era el producido por los sendos golpes que le propinaba Barrino, una vieja cruel que le aporreaba y mataba de hambre, si no le traía algún dinero que él se ganaba tocando la mandolina.

El pequeño Beppo era músico a natura; él no lo sabía, pero sí se daba cuenta de que la música era lo que más amaba en el mundo, y de que muchas veces había sentido sollozar su corazoncito, al ser rudamente expulsado de las iglesias, cuando escuchaba el órgano.

Muchas veces se había escurrido hasta el interior de la misma catedral, en que ahora estaba, y, agazapado detrás de una gruesa columna en un rincón oscuro, se pasaba horas enteras escuchando las dulces y líquidas notas del órgano, que se desplegaban por las naves hasta perderse en las paredes y bajo la inmensa cúpula.

Había encontrado un rincón maravilloso, un rincón con un magnífico eco que repetía todas las notas de la manera más deliciosa. Era esto un secreto que—estaba seguro—nadie conocía más que él. Pensaba que si lo revelaba a alguien, pronto su secreto escondite se haría público, y la gente rica y vulgar que pululaba por el centro de la gran basílica, se lo usurparía sin el menor miramiento.

¡Oh! era aquel un rincón tan maravilloso, que hasta dudaba si haría bien en revelárselo a la misma Madona—la hermosa Madona que era la imagen de su madre, a quien no había visto hacía ya tres años.

La recordaba muy bien; su querida y hermosa cara y el tierno amor que le tenía, serían siempre para él dulces recuerdos, hasta que llegase el día de verla en aquella grande y azulada bóveda que era bastante grande para cubrir toda la Italia, y aun más, según le decían las gentes, aunque de esto último tenía ciertas dudas.

Le habían dicho que su madre había muerto; con todo, su pequeño cerebro se resistía tenazmente a dar crédito a esa noticia. ¡Muerta su madre! Y Dios y la Santísima Virgen todavía tranquilos y sosegados en la gran bóveda azul!

Se acordaba de haber frecuentado con su madre los estudios de ricos artistas, donde permanecían horas enteras, mientras ellos pintaban.

Pero siempre habían sido pobres. Un día llevaron a su madre muy enferma a casa, y él, después de haberle comprado leche y haberle hecho tomar algún alimento, se fué a ganar algunas monedas tocando la mandolina. Cuando volvió, su madre había muerto!

Al menos, esto es lo que le dijo la vieja Barrino, acompañando la noticia con algunos pellizcos. Barrino concibió en seguida el proyecto de quedarse con Beppo y vivir con el dinero que éste ganaba tocando. El recordaba perfectamente cómo en su infantil aflicción y rabia, la había golpeado con todas las fuerzas de sus débiles puños, obteniendo por todo resultado, una lluvia de golpes sobre sus pobres espalditas, un pescozón y un puntapié que lo pusieron, rodando, en mitad de la calle, donde permaneció por espacio de muchas horas.

Cuando volvió en sí, ya las estrellas centelleaban en el firmamento. Las calles estaban completamente solitarias. Ningún transeunte había visto el pequeño bulto estremeciéndose con sollozos, ni oído el sonido de su amargo llanto.

Cuando la alegre y pálida luz del alba comenzó a cernerse sobre la Ciudad Eterna, fué a buscar el abrigo de la catedral «eco», como él decía: y tan pronto como se abrieron las puertas, corrió a la capilla de la hermosa Madona y le ofreció sus plegarias para que le perdonase el atrevimiento de pegar a la vieja Barrino.

Ahora, al encontrarse de nuevo en aquella capilla, se preguntaba si Dios le habría perdonado; y esperaba que le habría perdonado su madre, su querida madre, a quien quizá ya no volvería a ver, y que le había enseñado a ser bueno y a rezar.

«Cualquier cosa que te suceda», le dijo en aquella feliz y última vez que estuvieron juntos, «cualquier cosa que te suceda, mi querido Beppo, sé bueno y honrado, y reza siempre a Dios y a la Santísima Virgen. Si, lo que Dios no permita, yo te llegare a faltar, acuérdate de comprar, si honradamente puedes hacerlo, una vela en el aniversario de mi muerte y ofrécela a la Santísima Virgen, rogando por mí. Procura hacer algo — no importa qué — con tal que sea honradamente.

Ahora, el aniversario de la muerte se aproximaba, y ¿cómo podría él comprar la vela? La perversa Barrino le exigía hasta el último céntimo. Ella le registraba los bolsillos, le golpeaba y le retorció los brazos para sacarle todo el dinero. Pobre, mal vestido y medio muerto de hambre, el pequeño Beppo era demasiado honrado para ocultarle nada; y siempre, al fin del día, le entregaba lo que había ganado. Muchas veces había tenido la tentación de esconder una moneda; pero ¿con qué cara podría después volver a mirar el rostro de la hermosa Madona, si lo hacía?

Sus ojos se inundaron de lágrimas, cuando, arrodillado delante de la imagen, pidió a Nuestra Señora que le enviase una vela, nada más que una vela, aunque fuese pequeña, para ofrecérsela en recuerdo de su idolatrada madre.

La gran iglesia estaba silenciosa; el órgano había cesado. El pequeño Beppo, de rodillas, oraba tan intensamente, que no oyó las fuertes pisadas del grueso sacristán que se acercaba por la nave, ni se dió cuenta de nada, hasta que un recio palo, descendiendo con brío sobre sus espaldas, le hizo saltar en pie, dando un grito de dolor.

«¿Qué haces ahí, sucio renacuajo?» dijo una ronca y áspera voz; «esto no es ningún almacén de harapos ni esqueletos ¡Jopo!»

Tenfa el sacristán un aspecto tan amenazador, que el pequeño Beppo, medio muerto de susto, salió corriendo de la casa de Dios con el corazón lleno de terror en vez de la santa paz, y preguntándose si realmente no querría Dios que los pobres viniesen a hablar con El.

Sus dos pequeños puños restregaban sus dos brillantes ojos, mientras corría por la calle; hizo lo posible para contener las lágrimas, porque realmente era valiente, aquel niño a quien no se le per-

mitía arrodillarse delante de la capilla en que los ricos depositaban su oro, y de la cual sacaba el grueso sacristán tan ricas propinas.

De la catedral, en donde no se había permitido permanecer a uno de los pequeñuelos de Dios, Beppo se dirigió rápidamente a las asoleadas riberas del Tíber, por donde la inmensa ola de sociedad romana fluctuaba al calor del sol que inundaba con sus rayos la acera del malecón y hacía centellear al río que se deslizaba, como una ondulante cinta de plata, hasta perderse en el mar.

Beppo, con aquella sensibilidad propia de los niños, y todavía bajo la influencia del mal tratamiento del brutal sacristán, caminaba siempre a la sombra para no ser descubierto fácilmente, si era perseguido. Extraordinariamente vivo para aprovechar cualquier oportunidad de ganar dinero a fin de no ser castigado por la vieja Barrino, luego descubrió un grupo de niñas y señoras que conversaban y reían alegremente al sol. Corrió hacia ellas, y, situándose enfrente del grupo, deslizó la mandolina sobre el pecho, echó hacia atrás la cabeza con alegre risa y comenzó a festejarlas de lo lindo. En seguida entonó el *Funicoli Funicola*; antes de llegar al *coro*, se detuvo un momento e hizo una graciosa reverencia a las señoras; después, comenzando con suavidad y elevando gradualmente la voz cada vez más, cantó con aquella simpatía y profundo conocimiento que tenía de su arte:

Lesti! Lesti! Via montiam sula  
Lesti! Lesti! Via montiam sula  
Funicoli Funicola, Funicoli Funicola!  
Via montiam sula, Funicoli Funicola.

¡Cuán bello y varonil aparecía entonces el rapazuelo! ¡con qué absoluto gozo y abandono cantó hasta el final ese soberbio y alegre canto que sólo los meridionales pueden cantar con perfección!

Animado por los aplausos, entonó otro cantar. Esta vez bailaba al mismo tiempo, y sus pequeñas manos volaban sobre las cuerdas de la mandolina. La letra que cantaba no era la que se había escrito para la balada, sino que él la había recogido en los barrios bajos de la ciudad, sin que su inocente inteligencia pudiera comprender el doble sentido de las palabras. Sin embargo, como vió que hacía reír y era muy aplaudida, la cantaba con el mayor entusiasmo. Nunca había cantado al público esa balada de doble sentido; pero fué recibida con tales aclamaciones y con una lluvia de monedas tan copiosa, que decidió incluirla para siempre en su repertorio.

Dió las gracias a las lindas señoritas por su dinero, lo recogió y se fué lleno de gozo, pensando que esta vez la Barrino, con toda su codicia, quedaría satisfecha de las ganancias del día, y quizá le daría algunas monedas para comprar una vela para su querida capilla. En todo caso, aunque la vieja le retorciere los brazos hasta romper los huesos, valía la pena de sufrirlo a trueque de comprar la vela. Pensó seriamente sobre el particular, y hasta comenzó a calcular cuánto dolor podría aguantar sin ceder. Luego se preguntaba cándidamente

si la fractura de un brazo causaría mucho dolor. Más de una vez, Barrino, hecha una furia, había estado a pique de hacerle esta operación quirúrgica, pero la idea de la miseria a que se vería reducida, si Beppo no podía tocar la mandolina, le había impedido ir más adelante.

¡Qué tentación tenía el pobre músico de ocultar unas cuantas monedas! Más de una vez, en su camino de regreso a casa, estuvo a punto de esconderlas debajo de una piedra señalada del malecón; pero la serena y fija mirada de su Madona favorita parecía ponerle delante de los ojos, y las palabras de su querida madre: «sé siempre honrado» le zumbaban en los oídos. Así, pues, corrió a casa con toda la ligereza de sus piernas, para sustraerse a la tentación, y, por la primera vez, Barrino quedó satisfecha. Ella tomó todo el dinero y le dió un plato de macarrones.

Pasáronse varios días sin otra cosa de particular que la mala suerte que perseguía al pobre Beppo. Había tocado y cantado lo mejor que sabía; pero los ricos turistas Ingleses y Americanos parecían no apercibirse del pequeño cantor, y éste no había ganado un miserable cobre.

Estaba terriblemente hambriento. Barrino no le había dado de comer en dos días consecutivos. Todo lo que había ingerido en su estómago, se reducía a algunas piltrafas recogidas en el arroyo y un trago en una de las fuentes públicas.

Era el aniversario de la desaparición de su madre, y no tenía ninguna vela. Situóse una vez más delante del altar predilecto, y púsose a contemplar silenciosamente la hermosa imagen de la Madona. La catedral estaba desierta. Había una *fête* en la ciudad, y toda Roma parecía tomar parte en ella.

El pequeño Beppo no lloraba, pero antes había llorado bien amargamente. Más de una hora estuvo arrodillado, contemplando la imagen y las fijas y brillantes llamas de las velas, grandes y pequeñas, que en gran número ardían delante del altar.

«¡Qué dicha poder comprar velas como esas!» pensó.

Las líquidas notas del órgano, derramándose por las amplias naves, le llenaban de gozo. Más de una vez se había levantado para ir a poner el oído al maravilloso rincón del eco, y casi se había transportado de delicia.

Pero ya el organista se había marchado; la catedral estaba vacía. ¿Por qué él solo se quedaba?

No tenía ninguna vela que ofrecer en recuerdo de su madre, ni ninguna cosa que dar para expresar su gratitud por el tierno amor que aquélla le había profesado. Comenzó a sollozar, pensando en lo que su madre le había dicho. «Procura dar o hacer algo, aunque no sea más que una vez al año, en memoria mía».

Y entonces — ¿fué una inspiración? — encontró una cosa que podía hacer. Podía tocar la mandolina y cantar el *Funicoli Funicola* — dar lo mejor que poseía, cantar como nunca antes había cantado. Seguramente Dios recibiría eso como un don, y la Sma. Virgen

lo juzgaría tan bueno como una vela. De un salto se puso en pie; empuñó la mandolina, irguió el cuerpo con una sonrisa de orgullo en su hermosa carita, echó atrás la cabeza y comenzó a tocar. Pronto la inmensa catedral resonó con las dulces notas de su voz infantil:

*Funicoli Funicola!*

¡Con qué entusiasmo cantaba! ¡Con qué fervor elevaba la voz regocijándose interiormente con la idea de que eso era lo único, lo mejor que podía hacer!

Una persona, de ceñudo rostro, le acechaba en la obscuridad, con mal reprimida ira; pero no se movía.

Hubo un momento de silencio; después la pequeña voz se dejó oír de nuevo:

Viam montiam sula  
Funicoli Funico...

¡Zas! El grueso bastón de la Barrino descendió silbando sobre las desnudas espaldas del pequeño cantor. Cuando el cuerpecito del infeliz niño cayó vacilando al suelo, toda la catedral resonó con un grito de dolor. Mientras tanto, decía la vieja estas recias palabras, interrumpidas por los golpes.

«¡Profanando... la casa de Dios... con un cantar profano... Así es como gastas tu precioso tiempo, renacuajo!»

Se oyó un gemido de dolor sumamente débil.

Con los ojos hinchados de furor, alzó Barrino el inanimado cuerpo de Beppo y, dando traspiés, salió a la calle.

MARIANO SANJUÁN, Sch. P.

DOS FOLLETOS DEL SR. OSSORIO Y GALLARDO

II

BARCELONA, JULIO DE 1909. — (DECLARACIÓN DE UN TESTIGO)

Han pasado muchos días desde aquel en que anuncié ocuparme en esta Revista del folleto que motiva mi artículo de hoy; y a pesar del compromiso contraído he permanecido ocioso, bien que no por indiferencia. Van a cumplirse tres años durante los cuales se ha hablado continuamente de aquellos sucesos que recordaremos, cuando viejos, con el mismo horror con que los contemplamos siendo jóvenes; durante tres años la indignación ha permanecido viva en el corazón y en el cerebro de los hombres honrados; y sangra de continuo el recuerdo de todas las crueldades, de todas las atrocidades de un salvajismo brutal. Y de continuo se percibe el lamento de todo un pueblo que gime vilmente oprimido por las cuadrillas que tienen a

gran honor el mostrarse ante el mundo entero como asesinos de la Patria, de la libertad y del progreso.

Todos los engendros que pueden sugerirse por una imaginación viva para atormentar la espiritualidad de una raza se dieron entonces crudamente, y el fruto del egoísmo, de la maldad, del vicio, de la degradación y de la tolerancia o del temor se recogieron harto abundantes, para que todo se ofreciera como la demostración de la existencia de un mal y como una elocuente lección al gobernante.

Toda la labor que en varios años realizó la bestia humana a ciencia y paciencia de los que debían domesticarla, y que se sumían ellos mismos en la indiferencia e inacción de su propia debilidad, se concretó en un momento, y sus consecuencias las ha pagado el pueblo todo. Errores de gobierno, contempORIZACIONES con los eternos amigos del desorden y el escándalo, poca energía en la represión de las doctrinas que envilecen y deshonran, todo fué precedente del exceso, de la propaganda de una mentida ideología suicida de la libertad y que forzosamente debía llevar a la explosión y al exterminio. El cuadro de pesimismo y de tortura, el negro cuadro del presente que por desgracia debemos contemplar, se describe en sus causas originarias, en su desarrollo y en sus consecuencias en el folleto cuyo título encabeza mis palabras.

Más que la «mera declaración de un testigo» es el estudio de un historiador que, conociendo profundamente los hechos, halla su razón de existencia, desentraña su más íntima significación y ofrece datos copiosos y de valía para que el lector pueda aquilatar las consecuencias en su valor exacto.

El Sr. Ossorio analiza los antecedentes, que encuentra en primer lugar en «una situación de conciencia social, procreadora y consentidora de todas las corruptelas del poder público;» y el «relajamiento del Estado» que «cayendo sobre pueblos ricos y vigorosos, determina la protesta y el odio». Halla, en segundo lugar, al catalanismo, cuando se desenvolvía en su acepción más negativa y, por ende, más *estri-dente* y protestataria. Para combatirlo — dice el Sr. Ossorio — no se buscó a ningún médico. «Creyóse mejor echarse en brazos de un curandero, y se buscó al Sr. Lerroux, encargándole la nada sencilla tarea de ¡hacer patria!» ¡En cuántos sentidos se ha tomado esta palabra!

En este factor del radicalismo, que agrupó a las turbas a la sombra de una idea negativa, se quería hallar una afirmación que oponer a una idea que quisieron algunos mal entender. Y en este factor se encuentra el origen de las demasías de todo orden, habladas, escritas y obradas; la relajación de los lazos de subordinación a la autoridad, el insulto y el sarcasmo. De tal manera, que puedo asegurar que si algún día me sintiera caer en la indiferencia, bastarían los artículos de Lerroux para estimularme en la lucha en pro de la Iglesia y de Barcelona; y si me hallara triste serían más que suficientes las palabras de sus tenientes para hacerme soltar la carcajada.

El Sr. Ossorio relata las consecuencias de la acción combinada

de los elementos citados; y causa tristeza contemplar cómo de 1890 a 1909 no ha transcurrido un año sin conflictos de orden público, sin huelgas, sin violencias y sin aquellos horrorosos estruendos cuya sola alusión me repugna.

Examina luego el Sr. Ossorio las causas inmediatas de la tragedia, y en ellas sólo se echa de ver la ausencia de patriotismo. De toda la prensa barcelonesa sólo cuatro diarios de tendencias moderadas no atacaron la gestión española en Marruecos, y la mayor parte contribuyó a que «el civismo fuera declarado artículo de lujo».

Entonces ocurrió un hecho inaudito. «El Progreso», escarneciendo su título y recordando una antigua copla popular por todos conocida, calificó de *viriles* a los tiempos en que el valvajismo quemó los conventos porque en la corrida de toros el ganado salió malo, y seguidamente se lamentaba de la cobardía actual. Estas excitaciones unidas a la actitud ya imprudente, ya poco sensata de algunos políticos, empezaron por traducirse en algunas algaradas callejeras, hasta llegar pocos días después al período de saqueo, robo, irreverencia y asesinato, que constituyó la llamada Semana trágica; precedida por el fin del mando del Sr. Ossorio.

El folleto citado ofrece la garantía de ir documentado; y es tan exacto lo que dice y tanto acento de verdad refleja, que para comprenderlo así basta sólo estar al tanto de lo que es Barcelona de un tiempo a esta parte.

Y en cuanto a la resignación de su autoridad sobran comentarios aquí, si se recuerda la energía característica del Sr. Ossorio, el prestigio que supo conquistarse, y la opinión de los más de los barceloneses, que no pueden menos de exclamar, refiriéndose a la Semana trágica: ¡Ojalá el Sr. Ossorio no hubiese resignado el mando!

Hechos acaecidos posteriormente en varios puntos de España nos demuestran que no se aplica al mal el remedio adecuado y la urgente necesidad de rectificar conductas y procedimientos, y que hay seres tan burdos, que ni el agradecimiento les obliga a ser comedidos después de un indulto inexplicable, que lejos de calmar aviva el fuego.

Sin embargo, no hay que ser pesimistas: los pueblos cambian y hemos de esperar la proximidad de un día en que triunfante la razón haga predominar el buen sentido y el patriotismo. Tenemos el derecho a esperar en este día y el deber de trabajar para que su llegada se apresure.

JORGE OLIVAR Y DAYDÍ  
Académico de Número

## ASPECTOS NACIONALES

SE PROHIBE FUMAR

Así rezan los carteles fijados en las salas de espectáculos y en el interior de los tranvías, conforme a las órdenes reiteradas reciente-

mente por nuestro Gobernador, atento a los dictados de la conveniencia y salud pública puesta en peligro constante y tenaz por la falta de normas higiénicas en los de abajo.

La actitud de gran parte del público ante ese requerimiento de la autoridad, negándose sarcásticamente a acatarlo, encierra en sí substancial filosofía y viene a abrumar de razón a los que creemos firmemente que el problema nacional, como fundamento de todas las injusticias, todos los atropellos y todos los desaciertos, radica en la condición deleznable de la generalidad del pueblo español; mixtificado en tal grado que no admite mejor conducta que el desacato, el egoísmo individualista, y la agitación o bien el indiferentismo. Todos los que negando esta premisa clavan sus dardos en las clases burocráticas, a las que achacan la totalidad del mal, no sólo se equivocan en redondo, sino que lo agravan atizando la ignorancia de la plebe.

\* \* \*

Como si las propiedades nocivas del tabaco hacia el individuo no las hubiesen demostrado hasta la saciedad las eminencias experimentadas de la ciencia, como si el sinnúmero de afecciones asmáticas, pulmonares y de los bronquios no clamasen en elocuente estadística contra tan arraigado vicio, siguen, a pesar de todo, los fumadores en sus *trece* proporcionando grandes ventajas a la Arrendataria, que irónicamente escucha los buenos propósitos de sus favorecedores, cuando sube periódicamente el precio de su artículo; con una intención que seguramente no tendrá ella presente; pero que la higiene la halla plausible.

Y si partimos de la esfera puramente personal del fumador y nos remontamos al espectáculo deplorable que ofrece en sociedad, mayor ha de ser nuestra indignación al ver que no sólo no considera su propia salud, sino que arteramente atenta contra la pública.

¿Qué razón, qué derecho asiste a los fumadores en una sala de espectáculos o en el departamento de un tranvía a molestar con un ambiente nocivo a todos aquellos, mujeres u hombres, que por fortuna nos vemos libres de este vicio?

¿Cómo es que conociéndose sobradamente lo perjudicial de tal conducta en público se permite el fumador hacer mangas y capirotos de sus deberes sociales? No les asiste ningún abono a su conducta; nada hay que les atenúe su feo proceder.

Porque haya quien no se avenga a abstenerse de fumar media hora, tres cuartos, una hora, dos horas, que puede durar el espectáculo o los actos de una representación o los minutos de tranvía de las 24 horas que tiene a su propia disposición en el día, van a sufrir los demás espectadores; va a perjudicarse la higiene pública, la salud de la colectividad, muy superior a los caprichos del individuo. ¿No es esto bochornoso? ¿No es hasta escandaloso?

Quizás hubiera disculpa si los encargados de velar por el bien colectivo no hiciesen notar, día por día, los perjuicios que de este pro-

ceder pueden seguirse, los peligros de estos hábitos nocivos que perjudican siempre, pero aún más en determinadas épocas, el sosiego público. Reconozco que asistiría algún atenuante a los *hombres-chimeneas* si la autoridad no les previniere por medio de disposiciones prohibitivas de los males que causan.

Pero ¡quía! Cansadas están las paredes de los locales y los techos de los departamentos de mantener los consabidos carteles con el título que encabeza estas líneas. Parece que cuanto más se arrecia en la campaña menos cejan en su sistema perjudicial esos señores. Y esto encierra una gravedad mucho mayor que las anotadas, cual es la que representa *el desacato a las disposiciones oficiales que han de redundar en beneficio absoluto de la Sociedad*.

Vergüenza y sonrojo produce a todo buen patriota observar las burlas y cuchufletas con que son recibidas las proyecciones que recuerdan la orden gubernativa; y las disculpas en que tratan de escurdir su proceder (como el sombrero de las señoras) «El gobierno no me paga nada porque no fume,» «Para eso pago,» etc., etc. (1)

De manera que no basta para la conducta colectiva las órdenes de la autoridad encargada de encauzarla, no por medio de la fuerza o de los procedimientos violentos, sino por la constante y paternal excitación al mutuo respeto y condescendencia.

¡Estos son estados de anarquía hipócritamente disfrazados con la capa de gente pacífica y casera!

Y cuando la autoridad, en uso de su misión privilegiada vese obligada a ejecutar rudamente el cumplimiento de lo que anteriormente recomendara ¡ah! entonces podemos observar cómo son tratados aquellos Gobernantes íntegros que evitan, con sus medidas, catástrofes como las de Villarreal.

¿Podemos así gallear de *progresistas*? o ¿es que realmente necesitamos *uropeizarnos*?

El aspecto examinado de los fumadores, que podríamos extender con mayor dureza a los que escupen en forma altamente perjudicial, es una de tantas facetas que nos presenta el pueblo español. Unos pecan por ignorancia, por ausencia de todo instinto colectivo. Pero los más pecan por abandono, por malicia, y subleva que sean luego los mismos que reniegan del poder y le cargan toda la culpa, preconizando la necesidad de un buen gobierno. ¡Buen gobierno para colocarlo en una vitrina! ¡Buen gobierno para no cumplir sus obligaciones los gobernados! ¡Con razón ha dicho un insigne político catalán que cada pueblo tiene el Gobierno que se merece!

JOSÉ CUENCA PÉREZ

Secretario de Academia

(1) Me consta de varios que, puestos delante de uno de estos anuncios, han sacado un cigarro y lo han encendido tan frescamente.

A MI ALFREDO <sup>(1)</sup>

## CONTESTACIÓN

Alfredo del alma mía,  
rezando por ti me hallaba  
a la Virgen del Amparo,  
que siempre oyó mis plegarias.  
Ella me otorgó tu amor,  
(fué la mayor de sus gracias)  
cuando tu porte bizarro  
prendió en sus redes mi alma.  
Se lo pedí sin rubores,  
se lo supliqué con ansias;  
ex votos traje a su ermita,  
lágrimas vertí a sus plantas.  
No fué pasión, que envilece,  
no fué placer, que degrada,  
ni fué femenil antojo,  
ni fué cariño, que pasa  
como ensueño al ser de día,  
cual nube al verter sus aguas,  
como halcón, que va de vuelo,  
cual ola al besar la playa.  
Fué amor de arraigo profundo,  
amor fué de ardientes ascuas  
en que soñé consumirme  
bebiendo siempre sus llamas,  
cual bebe el mar sin hartura  
del río las linfas claras,  
como las simas del Etna  
beben su candente lava;  
fué amor de castos placeres,  
fué amor de delicias castas,  
fué amor como el Evangelio  
a los cristianos lo manda.  
Por eso el Dios del amor  
puso a mi amor en batalla,  
do más que en el *Kert* hay lloros  
y más traición que en la jarka:  
porque llorando tu ausencia  
me sorprende la mañana,  
y en el alero de enfrente,  
cuando la aurora se alza,  
los pájaros con sus píos,  
con el batir de sus alas,  
acompañan mis endechas  
y mi desconsuelo cantan.  
Llorando visto a los nenes,  
que me preguntan con ansia  
cuándo se acaba la guerra,  
cuándo tu ausencia se acaba;  
y por ti lloro a la tarde  
cuando en redes de escarlata  
sus crines el sol recoge  
y a otro hemisferio se marcha;

y cuando llega la noche  
con sus miedos y fantasmas,  
con sus legiones de trasgos,  
de horrores con sus mesnadas,  
parece que una alegría  
con versos de estrellas pálidas  
escribe en el firmamento  
para llorar mi desgracia,  
y es el aire su gemido,  
y el silencio su plegaria,  
y las estrellas fugaces  
son de su llanto las lágrimas.  
Y hallo traición en los besos,  
que en nombre tuyo, regalán  
a nuestros hijos mis labios  
por donde se vierte el alma;  
y si contigo no sueño  
o ya muerto en la batalla,  
o con palpitante brecha  
por donde la sangre salta,  
o coronando tus sienes  
de la victoria con palmas,  
fatigado y sudoroso  
pensando en tu Aurora amada...  
hallo traición en mis sueños,  
hallo en mi lecho emboscadas,  
y celos en mi reposo  
y en mis pesadillas trampas.  
Hallo en mis amigas dolo  
cuando cariñosas tratan  
de cicatrizar la herida  
que sangre en mi pecho mana;  
hallo traición en mis rezos,  
traición encuentro en mi alma  
cuando por ti no.... ¡enloqué!.....  
ni por ti.... ¡a la muerte llama!.....  
Así es de puro mi amor,  
y así Dios le da batallas  
*do más que en el Kert hay lloros  
y más traición que en la jarka.*

Ya que hice de amor protesta,  
del cual, si dudas, espada  
hundirás de doble filo  
en la que fiel te idolatra,  
vuelvo hidrópica a beber  
las ideas de tu carta,  
que a la ermita me llevaron  
cuando orando por ti estaba.  
¿Perderse viste a lo lejos  
de la ermita la espadaña,

(1) Véase el número de 20 de febrero de 1912.

y la torre de tu iglesia,  
 y el mirador de tu casa,  
 y de tu vega las flores,  
 y el azul de tus montañas,  
 y el arrebol de tu cielo,  
 y las brumas de tu patria,  
 cuando como artera sierpe  
 y reptando entre las barras  
 inclemente el tren corría  
 lanzando por su garganta  
 el humo de su soberbia  
 en densas nubes opacas  
 y en estridor pavoroso  
 los silbidos de su rabia?...  
 Pues bien, mi querido Alfredo,  
 cuando las negras escamas  
 de esa sierpe se ocultaron  
 a mis amantes miradas,  
 yo vi mi sol eclipsarse  
 en nubes rojas y gualdas,  
 y vi alzarse negra noche  
 sin astros y sin mañana,  
 e invierno sin primavera,  
 y negras nubes sin nácar,  
 y vi praderas sin flores,  
 y flores vi sin fragancia,  
 y vi en mi pecho el vacío,  
 y tristezas en mi alma,  
 y sin realidad vi sueños  
 y vi sin logro esperanzas;  
 locuras sentí en mi mente  
 y en mi corazón borrascas,  
 y en mi ilusión desengaños  
 y decepción en mis ansias.  
 ¿Lo ves, Alfredo?... ¿Deliro?...  
 ¿No es verdad?... Mas... ¿quién te  
 llama?...  
 ¿Quién de mis brazos te roba?...  
 ¿Quién de mi lado te arrastra?...  
 ¿Es acaso otra mujer,  
 que de su amor en las mallas  
 quiere prender el cariño  
 que me juraste en las aras?...  
 No, mi Alfredo; que es *Matrona*  
 ¡grande ayer!... ¡hoy desgraciada!!  
*Matrona* que a la morisma

hizo escabel de sus plantas  
 en las olas de Lepanto,  
 y en los llanos de las Navas,  
 y de Sevilla en las vegas,  
 y en las torres de la Alhambra,  
 y en los tristes Castillejos  
 y en Wad-Ras... y donde osada  
 se irguió en reto temerario  
 la *Media-luna*... es España  
 quien de tus besos me priva,  
 quien tu mirar me arrebató,  
 quien de mis brazos te roba,  
 quien de mi lado te arrastra.  
 Pues.. ¡vete en paz!... tiende el

[vuelo  
 donde se ciernen las águilas,  
 que en la bandera española  
 cebar pretenden sus garras;  
 y no perdones arrojados,  
 y no escatimes audacias,  
 no te intimiden los riesgos,  
 no te acobarden las balas;  
 oye en su silbar arrullos  
 con que la gloria te llama,  
 con que te alienta tu Aurora  
 y te bendice tu *Patria*.  
 Ciego a los peligros corre  
 y *del cubil* a la entrada  
 do el enemigo cobarde,  
 traidor, en acecho aguarda,  
 provócale con denuedo,  
 rétales que al campo salga  
 y de tu potro a los cascos  
 pon su pecho por peana.  
 ¿Te ríes, querido Alfredo?...  
 ¿Crees demencia mis palabras?...  
 ¿Locura juzgas la arenga  
 con que te alienta mi carta?...  
 Pues no olvides que si en héroes  
 fué siempre fecunda España,  
 fecunda fué en heroínas  
 cuando hizo su arrojado falta.  
 Cumplí tu encargo y el beso  
 dí a nuestros hijos; aguarda  
 con ansiedad la respuesta  
 tu esposa fiel, que te abraza.

SILVINO PULPÓN, Sch. P.

## CRÓNICA ESCOLAPIA

### DE CATALUÑA

ESCUELAS PÍAS DE MATARÓ.—EXÁMENES Y EXPOSICIÓN ESCOLAR.—Atentamente invitados, gustosos asistimos a los exámenes de párvulos, clase preparatoria e inauguración de la Exposición escolar del colegio de Santa Ana.

La sala presentaba hermoso golpe de vista, con las paredes atestadas de trabajos artísticos, las mesas ocupadas por los libros de teneduría, cuadernos de problemas, mapas geográficos, históricos y estadísticos, temas y composiciones

de francés, inglés y alemán, digno marco de la presidencia formada por el Rdo. P. Rector y Rdos. PP. Vicerrector, Cercós y otros, de los tiernos parvulitos y alumnos de la clase preparatoria, a cuyo frente estaba el incansable cuanto celoso Hermano Joaquín Brucart, y las familias de los educandos que ocupaban la parte central.

Bajo la inteligente dirección del Hermano Joaquín fué desarrollándose, en sus diversas partes, el variado y nutrido programa de los exámenes y velada literario-musical.

No hablaremos de la multitud de conocimientos de que dieron brillante prueba los tiernos niños, porque sería repetir nuestros anuales elogios. Sólo diremos que a pesar de repetirse año tras año la solemnidad, es siempre nueva y siempre simpática y causa las delicias de los afortunados padres y asiduos concurrentes, y sobre todo porque con muy buen acuerdo se amplían las preguntas y se eligen a conciencia y varían los cantos y las poesías. Si puntualizar notas de los exámenes quisiéramos, citar nos sería preciso todos los niños.

Tampoco pormenorizaremos los trabajos de la Exposición escolar, porque por la hora avanzada en que finalizó la sesión sólo pudimos hacernos cargo de su importancia, por lo numerosa y por los primores de ejecución, y nos reservamos reseñar otro día, después de visitarla detenidamente en las horas concedidas en la presente semana, que son de seis a ocho de la tarde.

Todos los niños se hicieron acreedores a los aplausos de la concurrencia; pero no decir cuatro palabras sobre discursos, poesías, recitados y cantos escolares sería faltar al más elemental deber de cronistas.

Los niños Benet Zaragoza y Font Bigay pronunciaron con su luminoso impropio de su edad los discursos de introducción y de gracias, cosechando unánimes aplausos.

El delicado idilio «Jesús y el niño» y la tierna poesía «Dolç petó» fueron dichos con mucha propiedad por Gubert y Navarra.

«Sol solet», «La ciudad nueva», «Un supersticiós», «Sol y pluja», por los párvulos Fité Sala, Catalá Cabot, Coll Pou y Juliá Llavina, fueron del agrado de todos.

«Provant un cor» y «El llibre principal», delicadísima poesía y hermoso diálogo, arrancaron nutridos aplausos con que la concurrencia premió a los tiernos niños Emilio Mañach, A. March y Oms Alsina.

Las humorísticas composiciones «Quan lo pare...» y «Ploreu, ploureu ninetes», por Fontdevila Solé y A. Fàbregas Juncadella, y la patriótica «A Sant Jordi», por Franco Ximenes, se recordarán siempre.

Los cantos escolares, bajo la dirección del profesor de música del Colegio señor Martí, fueron ejecutados con ajuste y colorido y premiados con nutridos aplausos.

Por fin, el P. Rector, Rdo. José Soler, en catalán dirigió su elocuente palabra, haciendo notar la importancia del acto y dando el más cordial parabién a familias y concurrentes por la asistencia al acto; recordó a los padres que ellos en primer lugar tienen el deber de educar e instruir a sus hijos, deber que es un precioso derecho primario y esencial que no pueden nunca abdicar, como fundado en la naturaleza y concedido por Dios; después que apoyaran a los maestros sus delegados y auxiliares en tan nobles funciones, que de la cooperación de padres y maestros cabía esperar un brillante y positivo porvenir para sus hijos; por último, pronunció bellísimas frases dirigidas a los niños, a quienes entregó sendos cucuruchos de dulces.

Unimos nuestra felicitación a las familias de los educandos, haciéndola extensiva a los PP. Escolapios.

(Del Diario de Mataró)

ESCUELAS PÍAS DE IGUALADA. — El domingo, día 22 de junio, tuvimos la satisfacción de asistir a uno de los actos más solemnes con que los PP. Escolapios del Real Colegio suelen satisfacer el gusto altamente estético-religioso de la distinguida sociedad igualadina.

Conforme habiase anunciado, se procedió a la bendición de dos imágenes, verdadera obra de arte. Al penetrar en el Presbiterio el M. Rdo. Padre Provin-

cial, S. Marcó, acompañado de los distinguidos Arcipreste de Santa María y Párroco de la Soledad, de un Padre Capuchino y de los piadosísimos padrinos señores Capell, el altar, adornado con gusto exquisito, apareció profusamente iluminado, así como las imágenes objeto principal de la fiesta. Haces de luz eléctrica proyectábanse sobre sus rostros, permitiendo, de esta suerte, poderlos contemplar con más holgura.

Si bien, es cierto, una elegancia correctísima a la par que severa, en donde los rasgos hábilmente trazados dan realce encantador al conjunto de una de las estatuas, a cuyos pies tierno infante con blonda cabellera recibe la bendición del Niño Dios, es la nota característica de la imagen de Nuestra Señora de las Escuelas Pías; la de San José de Calasanz ofrece la perspectiva de un trabajo concienzudo e impropio. El cincel del artista, al delinear los rasgos faciales del ínclito Fundador, dejó grabadas las huellas de un espíritu plenamente poseído de la belleza psicológica del alma de Calasanz.

Durante el Oficio el «Orfeón del Noya» ejecutó con verdadera maestría la misa «Sine nomine» de Palestrina. Las voces finas y ajustadas, bajo la experta batuta del señor Jordana, cautivaron los oídos de cuantos presenciábamos tan simpática fiesta.

El Rdo. Padre Rector, en elocuente sermón, expuso la influencia trascendental ejercida en la sociedad por el sabio José de Calasanz, inspirado por la Madre de Dios, al fundar sus escuelas gratuitas en época enemiga de la enseñanza del pueblo; y los beneficios que reporta a la civilización moderna, falseada desgraciadamente por los conceptos vertidos en las obras de los Enciclopedistas del siglo XVIII: la acción de las Escuelas eminentemente Pías.

Nuestro más sincero parabién a los Rdos. PP. Escolapios y a sus dignísimos Superiores; mil plácemes a las autoridades eclesiásticas de Igualada, que se dignaron, con su presencia, dar mayor realce a la fiesta.

(De *El Correo Catalán*)

ESCUELAS PÍAS DE MORELLA. — El 19 del pasado mes recibieron la primera Comunión en la Arciprestal los niños de las Escuelas Pías, y por la tarde, después de los divinos oficios, postrados a los pies de Nuestra Señora de Vallivana renovaron las promesas del Santo Bautismo, predicando en tan tierno acto el P. Víctor Güell.

El siguiente domingo, en las Escuelas Pías, se celebró una función literario-dramática-musical, en obsequio de los niños de la primera Comunión, poniéndose en escena la zarzuela *San José de Calasanz*, dirigiendo la música el P. Pareta, recitáronse varias poesías dignas de encomio por lo bien compuestas y declamadas, finalizando con un canto rítmico muy bien ejecutado por los párvulos, bajo la dirección del P. Casals, viéndose muy concurrida.

EL CRONISTA

## TERCER CONGRESO NACIONAL DE MÚSICA SAGRADA

(Barcelona, 21, 22, 23 y 24 de noviembre de 1912)

### REGLAMENTO Y CUESTIONARIO

#### PROEMIO

La Junta Organizadora, acatando pública y solemnemente todas las disposiciones eclesiásticas acerca la música sagrada, y en especial las emanadas de S. S. el Papa Pío X, trata de que el Congreso estudie de nuevo los medios más conducentes para llevarlas a la práctica en España y persigue que, en dicha Asamblea, se presenten modelos de interpretación de música religiosa en los diversos ramos de la misma.

A este fin, el Congreso celebrará *Sesiones privadas y Sesiones solemnes* en el *Palau de la Música Catalana*.

El número y duración de las Sesiones se fijará más tarde en el programa.

El último día del Congreso, domingo 24 de noviembre, se cantará por grandes masas corales, en la Santa Iglesia Catedral, una *Misa popular Gregoriana*.

#### REGLAMENTO

1.º *a)* Se establecen tres clases de Congresistas. Ilustres, cuya cuota será de 25 pesetas; Activos, de 10 pesetas; Protectores, de 7 pesetas. Todos tendrán derecho a la Crónica y Actas del Congreso.

*b)* Los ilustres y los activos podrán asistir a todas las Sesiones, así privadas como solemnes; los protectores tan sólo a las Sesiones solemnes.

*c)* Las inscripciones pueden hacerse en la Secretaría de la Junta Organizadora (Palacio Episcopal-Barcelona), en las Secretarías de todos los obispados de España y en la Administración de «Música Sacro-Hispana» (Bilbao, Gran Vía, 8), que es la Revista oficial de estos Congresos.

*d)* Al hacerse la inscripción se entregará al Congresista el título correspondiente con que habrá de acreditarse el derecho a la rebaja de precios en las Compañías ferroviarias, y demás efectos indicados.

2.º *a)* Los que deseen presentar trabajos correspondientes a los diversos puntos del Cuestionario, habrán de remitirlos a la Secretaría de la Junta Organizadora (Palacio Episcopal-Barcelona) antes del día último de septiembre.

*b)* Dichos trabajos habrán de concretarse estrictamente al punto que sus autores se propongan estudiar. Se procurará la concisión en el desarrollo del tema, y al final, antes de la firma del autor, se redactará la Conclusión y el enunciado de los argumentos en que se apoya.

3.º *a)* En cada sesión privada constituirán la Presidencia los Rđmos. Prelados y dos Vicepresidentes. Una ponencia formada de tres individuos dará cuenta de los trabajos presentados, los resumirá y deducirá de los mismos la conclusión, que, a su parecer, deberá ser objeto de la deliberación de la Asamblea.

*b)* En la discusión sólo podrán tomar parte los socios ilustres y los activos, previa la venia de la Presidencia, quien podrá concederla, o negarla, según le pareciere conveniente.

*c)* La duración de los discursos, será de siete minutos, pudiendo, empero, la Presidencia prorrogarla en algún caso particular y de mucha importancia. También podrá retirar la palabra cuando le pareciere oportuno, aun cuando no hayan transcurrido los siete minutos reglamentarios.

*d)* Dos Secretarios particulares, o de actas, tomarán nota del curso de la discusión, y de las conclusiones adoptadas, las cuales, caso de ser aprobadas por todos los Reverendísimos Prelados, volverán a leerse en la sesión solemne de clausura.

4.º A más de las Sesiones solemnes de apertura y clausura del Congreso, se celebrarán otras dedicadas a la interpretación del canto gregoriano, de la música polifónica, del canto popular religioso, de la música moderna litúrgica y de la orgánica.

Cada audición irá precedida de estudios del género y de notas estéticas de las piezas que se interpretarán.

5.º La Junta Organizadora se reserva el derecho de ampliar e interpretar el Reglamento y Cuestionario, como, en su día, publicar el Programa general.

#### CUESTIONARIO

*Advertencia preliminar.* — La Junta organizadora, agradeciendo a los dignísimos Profesores de Canto Gregoriano, Maestros de Capilla, Organistas, etcétera, la amplia información que se han dignado enviarle acerca los puntos que podían ser objeto de estudio del Congreso, ha escogido, de entre los mismos,

aquellos temas que, a su juicio, eran más prácticos y ofrecían sólidas ventajas para la restauración de la Música sagrada en nuestra Patria. En el reducido número de temas que integran este cuestionario intenta dirigir la acción de todos hacia resultados positivos y concretos.

SECCIÓN PRIMERA. — *Canto Gregoriano*. — 1.º Importancia suma de la amplia y ordenada enseñanza del Canto Gregoriano, en todos los Seminarios.

2.º Plan detallado para los diversos cursos en que podría dividirse la enseñanza del Canto Gregoriano en los Seminarios.

3.º Conveniencia de que los Seminaristas canten los días festivos en la Catedral. — A qué cursos de canto deben pertenecer estos cantores.

4.º El Canto Gregoriano en las Catedrales y Parroquias. — Oposiciones a cantor. — Ensayos.

5.º Importancia del canto del pueblo en las Iglesias. — Cómo lograr que los fieles canten y saquen el mayor provecho espiritual.

6.º Resultados de los estudios que el segundo Congreso Nacional propuso acerca de algunos cantos españoles (Sección 1.ª, letra c).

SECCIÓN SEGUNDA. — *Música figurada*. — 1.º Orden de preeminencia que según el «Motu Proprio» de Pío X deben guardar en la liturgia los diversos géneros de Música religiosa.

2.º Supremo modelo y fuente de inspiración de la Música religiosa.

3.º ¿Pueden los compositores de Música sagrada aprovecharse de las melodías populares? — Norma que en esto debe seguirse.

4.º Caracteres de la Música orgánica litúrgica. — Criterio que debe seguirse en su interpretación.

5.º Condiciones que debe reunir la Música no estrictamente litúrgica y extralitúrgica

6.º Conocimientos que deben exigirse a los aspirantes a los cargos de organista y maestro de capilla. — Conciencia que deben tener de los altos compromisos que ante el Arte y la Religión contraen así los que escriben música para la Iglesia, como los encargados de ejecutarla y dirigirla.

SECCIÓN TERCERA. — *Propaganda y Organización*. — 1.º Necesidad de un claro conocimiento del espíritu y razón de ser de la Música Sagrada para trabajar decisivamente en su restauración

2.º La prensa diaria como auxiliar eficaz en la divulgación del buen gusto musical religioso.

3.º Medios para que los Maestros de Capilla, especialmente en las Catedrales, gocen de la necesaria autoridad para cumplir con los deberes de su cargo. — Cómo mejorar las Capillas de música.

4.º Institución de escuelas de Música sagrada. — Estudios que en las mismas deben cursarse.

5.º Fundación de la Asociación Cecilianista Española. — Organismo de la misma. — Junta Nacional de Censores.

6.º Conveniencia de implantar en España el reglamento que acerca la Música Sagrada dió en 2 de febrero del corriente año el Cardenal Vicario para la Diócesis de Roma.

Barcelona, mayo de 1912

Por la Junta organizadora: El Presidente, *Francisco de P. Mas*, Canónigo magistral. El Secretario, *José Parellada*.

NOTA: Pidanse ejemplares del Reglamento y Cuestionario y cuantos informes se deseen al Sr. Secretario de la Junta Organizadora del Tercer Congreso Nacional de Música Sagrada, Palacio Episcopal, Barcelona.